

Por do quier que fuer tu ida,  
Que quien acá te envió  
No te quería dar la vida.  
¡Ay dueña de Quintañones,  
Del mal fuego seas ardida,  
Que tanto buen caballero  
Por tí ha perdido la vida!—

(Cancionero de Romances.)

4 Para prueba de lo poco que encarnó en España ese espíritu caballeresco feudal de las fábulas bretonas, basta observar que de ellas solo se tomaron los tres romances de esta sección.

352.

LANZAROTE DEL LAGO. — II.

(Anónimo 1.)

Nunca fuera caballero  
De damas tan bien servido,  
Como fuera Lanzarote  
Cuando de Bretaña vino,  
Que dueñas curaban dél,  
Doncellas del su rocino.  
Esa dueña Quintañona,  
Esa le escanciaba el vino,  
La linda reina Ginebra  
Se lo acostaba consigo;  
Y estando al mejor sabor,  
Que sueño no había dormido,  
La Reina toda turbada  
Un pleito ha conmovido.  
— Lanzarote, Lanzarote,  
Si antes hubieras venido  
No hablara el orgulloso  
Las palabras que había dicho,  
Que a pesar de vos, señor,  
Se acostaría conmigo. —  
Ya se arma Lanzarote  
De gran pesar conmovido,  
Despidese de su amiga,  
Pregunta por el camino,  
Topó con el orgulloso  
Debajo de un verde pino,  
Combátense, de las lanzas,  
A las hachas han venido.  
Ya desmaya el orgulloso,  
Ya cae en tierra tendido,  
Cortárale la cabeza,  
Sin hacer ningún partido;

SECCION DE ROMANCES DE LAS CRÓNICAS CABALLERESCAS  
DE CARLOMAGNO Y LOS DOCE PARES DE FRANCIA.

## ROMANCE QUE TRATA DEL CONDE DIRLOS.

354.

EL CONDE DIRLOS.

(Anónimo 1.)

Estábase el conde Dirlos,  
Sobrino de Don Beltrane,  
Asentado en las sus tierras,  
Deleitándose en cazar,  
Cuando le vinieron cartas  
De Carlos el emperante.  
De las cartas placer hubo,  
De las palabras pesare,

Volvióse para su amiga  
Donde fué bien recibido.

(Cancionero de Romances.)

4 Cervantes en su Quijote parodia los seis primeros versos diciendo:

Nunca fuera caballero  
De damas tan bien servido,  
Como lo fué Don Quijote  
Cuando de su aldea vino:  
Doncellas curaban dél,  
Y dueñas de su rocino.

(Quijote, parte 1.ª, cap. XIII.)

355.

TRISTAN DE LEONIS.

(Anónimo 1.)

Ferido está Don Tristan  
De una muy mala lanzada,  
Dierásele el Rey su tío  
Que celoso dél estaba.  
El fierro tiene en el cuerpo,  
De fuera le tembla el asta:  
Valo á ver la reina Iseo  
Por la su desdicha mala.  
Júntanse boca con boca  
Como palomillas mansas,  
Llora el uno, llora el otro,  
La cama bañan en agua;  
Allí nace un arboledo  
Que azucena se llamaba,  
Cualquier mujer que la come  
Luego se siente preñada:  
Comióla la reina Iseo  
Por la su desdicha mala.

(Cancionero de Romances.)

1 En la triada que forman los libros caballerescos de Artus hay tres partes: la una religiosa y devota, que trata, en el Percebal, de la conquista del Santo Grial; la otra festiva y amena, que es la de Lanzarote, y la otra amorosa y sentimental, que es la de Tristan de Leonis. El romance, ó mejor diríamos fragmento, que aquí se inserta, es lo único que poseemos de Tristan, de aquel héroe tan célebre y famoso en los fastos caballerescos, y tan antiguo, que los cantos populares bretones, que lo celebran bajo el aspecto guerrero, precedieron mas de un siglo á los novelistas.

2 Superstición de los siglos medios, acaso imitada de la de los antiguos que aseguraban existir una raza de yeguas que concebían con solo el viento.

Que lo que las cartas dicen  
A él le parece male.

«Rogar os quiero, sobrino,  
«El buen frances naturale,  
«Llegueis vuestros caballeros,  
«Los que comen vuestro pane;  
«Darles heis doblado sueldo  
«Del que les soleds dare,  
«Dobles armas y caballos,  
«Que bien menester lo hane:  
«Darles heis el campo franco  
«De todo lo que ganaren;  
«Partiros heis á los reinos  
«Del rey moro Aljarde,  
«Deseximiento me ha dado  
«A mí y á los doce Pares:

«Grande mengua me sería  
«Si todos se hobiesen de andare.  
«No veo caballero en Francia  
«Que mejor pueda enviare,  
«Sino á vos, el conde Dirlos,  
«Esforzado en pelear.  
El Conde que esto oyó,  
Tomó tristeza y pesare,  
No por temor de los moros  
Ni miedo de pelear,  
Mas tiene mujer hermosa,  
Mochacha de poca edade.  
Tres años anduvo en armas  
Para con ella casare,  
Y el año no era cumplido,  
Della mándanlo apartare.  
De que esto él pensaba  
Tomó dello gran pesare;  
Triste estaba y pensativo,  
No cesa de sospirare:  
Despide los falconeros,  
Monteros manda pagare,  
Despide todos aquellos  
Con quien solia deleitarse;  
No burla con la Condesa  
Como solia burlare;  
Mas muy triste y pensativo  
Siempre le veian andare.  
La Condesa qu'esto vido,  
Llorando empezó de hablare:  
— ¡Triste estadés vos, el Conde!  
Triste, lleno de pesare  
De esta tan triste partida  
Para mí de tanto male!  
Partiros queréis, el Conde,  
A los reinos de Aljarde,  
Dejáisme en tierras ajenas  
Sola y sin quien me acompañe.  
¿Cuántos años, el buen Conde,  
Hacéis cuenta de tardare?  
Yo volverme he á las tierras,  
A las tierras de mi padre;  
Vestirme he de un paño negro,  
Ese será mi llevar;  
Maldiré mi hermosura,  
Maldiré mi mocedade,  
Maldiré aquel triste día  
Que con vos quise casare.  
Mas si vos queredes, Conde,  
Yo con vos querria andare:  
Mas quiero perder la vida,  
Que sin vos della gozare.—  
El Conde desque esto oyera  
Empezóla de mirare;  
Con una voz amorosa  
Presto tal respuesta hace:  
— No lloredes vos, Condesa,  
De mi partida no hayais pesare;  
No quedais en tierra ajena,  
Sino en vuestra á vuestro mandare,  
Que ántes que de aquí me parta  
Todo vos lo quiero dare.  
Podeis vender cualquier villa,  
Y empeñar cualquier ciudade,  
Como principal heredera  
Que nada os pueden quitare.  
Quedareis encomendada  
A mi tío Don Beltrane  
Y á mi primo Gayferos,  
Señor de París la grande:  
Quedareis encomendada  
A Oliveros y á Roldane,  
Al Emperador, y á los doce  
Que á una mesa comen pane;  
Porque los reinos son léjos  
Del rey moro Aljarde;  
Que son cerca de la Casa Santa,  
Allende del nuestro mare.  
Siete años la Condesa,

Todos siete me esperade;  
Si á los ocho no viniere  
A los nueve vos casade;  
Sereis de veinte y siete años  
Que es la mejor edade:  
El que con vos casare, señora,  
Mis tierras tome en ajuare:  
Gozará mujer hermosa,  
Rica y de gran linaje.  
Bien es verdad, la Condesa,  
Que conmigo os querria llevar;  
Mas yo voy para batallas,  
Y no cierto para holgare.  
Caballero que va en armas  
De mujer no debe curare,  
Porque con el bien que os quiere  
La honra habria de olvidare.  
Mas aparejad, Condesa,  
Mandad vos aparejare,  
Ireis conmigo á las cortes,  
A París esa ciudade.  
Toquen, toquen mis trompetas,  
Manden luego cabalgare.—  
Ya se partía el buen Conde;  
La Condesa otro que tale:  
La vuelta van de París  
Apriesa no de vagare.  
Cuando son á una jornada  
De París esa ciudade,  
El Emperador que lo supo  
A recibir se los sale.  
Con él sale Oliveros,  
Con él sale Don Roldane,  
Con él Don Dardarin D'Ardefia,  
Y Urgel de la fuerza grande;  
Con él salia Guarinos,  
Almirante de la mare;  
Con él sale el esforzado  
Renaldos de Montalvane.  
Con él van todos los doce  
Que á una mesa comen pane,  
Sino el infante Gaiferos,  
Y el buen conde Don Beltrane,  
Que salieron tres jornadas  
Mas que todos adelante.  
No quiso el Emperador  
Que hubiesen de aposentare,  
Sino en sus reales palacios  
Posada les mandó dare.  
Luego empiezan su partida  
Apriesa y no de vagare.  
Dale diez mil caballeros  
De Francia mas principales,  
Y con otra mucha gente  
Gran ejército reale.  
El sueldo les paga junto  
Por siete años y mase.  
Ya, tomadas buenas armas,  
Caballos otro que tale,  
Enderezan su partida,  
Empiezan de cabalgare;  
Cuando el bueno conde Dirlos  
Ruega mucho al emperante  
Que él y todos los doce  
Se quisiesen ayuntare.  
Cuando todos fueron juntos  
En la gran sala reale,  
Entra el Conde y la Condesa,  
Mano por mano se vane:  
Cuando son en medio dellos  
El Conde empezó de hablare:  
— A vos lo digo, mi tío,  
El buen viejo Don Beltrane,  
Y á vos, infante Gayferos,  
Y á mi buen primo carnale,  
Y esto delante de todos  
Lo quiero mucho rogare,  
Y al muy alto Emperador,  
Que sepa es mi voluntad;



Como villas y castillos,  
Y ciudades y lugares  
Los dejo á la Condesa,  
Que nadie las pueda quitar.  
Como principal heredera  
En ellas pueda mandare,  
Y vender cualquiera villa,  
Y empeñar cualquier ciudade:  
De aquello que ella hiciere  
Todos se hayan de agradare.  
Si por tiempo yo no viniere  
Vosotros la queráis casare:  
El marido quella tome  
Mis tierras haya en ajuare.  
Y á vos la encomiendo, tío,  
En lugar de marido y padre;  
Y á vos, mi primo Gayferos,  
Por mí la queráis honrare.  
Y encomiéndola á Oliveros,  
Y encomiéndola á Roldane,  
Y encomiéndola á los doce,  
Y á Don Carlos el emperante.—  
A todos les place mucho  
De aquello quel Conde hace.  
Ya se parte el buen Conde  
De Paris, esa ciudade:  
La Condesa que ir lo vido  
Jamás lo quiso dejare  
Hasta orillas de la mar  
Do se había de embarcare.  
Con ella va Don Gayferos,  
Con ella va Don Beltrane,  
Con ella va el esforzado  
Renaldos de Montalvane,  
Sin otros muchos caballeros  
De Francia mas principales.  
A tan triste despedida  
El uno del otro hacen,  
Que si el Conde iba triste,  
La Condesa mucho mase.  
Palabras se están diciendo  
Que era dolor d'escuchare:  
El conorte que se daban  
Era continuo llorare.  
Con gran dolor manda el Conde  
Hacer vela y navegare.  
Como sin la Condesa se vido  
Navegando por la mare,  
Movido de muy gran saña,  
Movido de gran pesare,  
Diciendo que por ningún tiempo  
De ella lo harán apartare.  
Sacramento tiene hecho  
Sobre un libro misale  
De jamás volver en Francia,  
Ni en ella comer pane,  
Ni que nunca enviará carta,  
Porque dél no sepan parte.  
Siempre triste y pensativo,  
Puesto en pensamiento grande,  
Navegando en sus jornadas  
Por la tempestuosa mare,  
Llegado es á los reinos  
Del rey moro Aliarde.  
Ese gran Soldan de Persia,  
Con poderío muy grande  
Ya les estaba aguardando  
A las orillas del mare.  
Cuando vino cerca tierra  
Las naves mandó llegare;  
Con un esfuerzo esforzado  
Los empieza de esforzare.  
— ¡Oh esforzados caballeros!  
¡Oh mi compañía leale,  
Acuérdeseos que dejamos  
Nuestra tierra naturale!  
D'ellos dejamos mujeres,  
D'ellos hijos, d'ellos padres,  
Solo para ganar honra,

Y no para ser cobardes.  
Pues esforzaos, caballeros,  
Esforzad en peleare.  
Yo llevaré la delantera,  
Y no me queráis dejare.—  
La morisma era tanta,  
Tierra no dejan tomare.  
El Conde que era esforzado  
Y discreto en peleare,  
Manda toda artillería  
En las sus barcas posare.  
Con el ingenio que traía  
Empiézales de tirare;  
Los tiros eran tan fuertes,  
Que por fuerza hacen lugare.  
Vereis sacar los caballos,  
Muy apriesa cabalgare:  
Tan fuerte dan en los moros,  
Que tierra les hacen dejare.  
En tres años que el buen Conde  
Entendió en peleare,  
Ganados tiene los reinos  
Del rey moro Aliarde.  
Con todos sus caballeros  
Parte por iguales partes;  
Tan grande parte da al chico,  
Tanto le da como al grande:  
Solo él se retraía  
Sin querer algo tomare.  
Armado de armas blancas,  
Y cuentas para rezare,  
¡Tan triste vida hacía,  
Que no se puede contare!  
El Soldan le hace tributo,  
Y reyes de allende el mare:  
De los tributos que le daban  
A todos hacía parte.  
Hace á todos mandamiento,  
Y á los mejores jurare,  
Que ninguno sea osado  
Hombre á Francia enviare,  
Y que al que cartas enviase  
Luego le hará matare.  
Quince años el Conde estuvo  
Siempre d' allende del mare,  
Y no escribió á la Condesa,  
Ni á su tío Don Beltrane,  
Ni escribió á los doce,  
Ni menos al emperante.  
Unos creían que era muerto,  
Otros anegado en mare.  
Las barbas y los cabellos  
Nunca los quiso afeitare;  
Tiénelos fasta la cinta,  
Fasta la cinta, y aun mase:  
La cara mucho quemada  
Del mucho sol y del aire,  
Con el gesto demudado  
Muy feroz y espantable.  
Los quince años cumplidos,  
Deciseis querían entrare,  
Acostárase en su cama  
Con deseo de holgare.  
Pensando estaba, pensando  
La triste vida que hace,  
Pensando en aquel tiempo  
Que solía festejare,  
Cuando justas y torneos  
Por la Condesa solía armare.  
Dormióse con pensamiento,  
Y empezara de holgare,  
Cuando hace un triste sueño  
Para él de gran pesare.  
Vía estar la Condesa  
En los brazos de un infante.  
Salto diera de la cama  
Con un pensamiento grande,  
Gritando con altas voces,  
No cesando de hablare:

— ¡Toquen, toquen mis trompetas,  
Mi gente manden llegare! —  
Pensando que había moros  
Todos llegados se hane.  
Desque todos son llegados,  
Llorando empezó á hablare:  
— ¡Oh esforzados caballeros!  
¡Oh mi compañía leale!  
Yo conozco aquel ejemplo  
Que dicen, y es gran verdade,  
Que todo hombre nacido  
Que es de hueso y de carne,  
El mayor deseo que tenía  
Era en sus tierras holgare.  
Ya cumplidos son quince años,  
Y en deciseis quiere entrare,  
Que somos en estos reinos  
Y estamos en soledade.  
Quien tenía mujer hermosa  
Vieja la debe de hallare;  
El que dejó hijos pequeños  
Hallarlos ha hombres grandes;  
Ni el padre conocerá al hijo,  
Ni el hijo menos al padre.  
Hora es ya, mis caballeros,  
De ir á Francia á holgare,  
Pues llevamos harta honra  
Y dineros mucho mase.  
Lleguen, lleguen naves luego,  
Mándolas aparejare,  
Capitanes ordenemos  
Para las tierras guardare.—  
Ya todo es aparejado,  
Ya empiezan á navegare.  
Cuando todos son llegados  
A las orillas del mare,  
Llorando el Conde de sus ojos  
Les empieza de hablare:  
— ¡Oh esforzados caballeros!  
¡Oh mi compañía leale!  
Una cosa rogar vos quiero,  
No me la queráis negare;  
Quien secreto me tuviere  
Yo le he de galardonare,  
Que todos hagais juramento  
Sobre un libro misale,  
Que en parte ninguna que sea  
No me hayais de nombrare,  
Porque con el gesto que traigo  
Ningunos me conocerane;  
Mas viéndome con tanta gente  
Y un ejército reale,  
Si vos demandan quién soy  
No les digais la verdade:  
Decid que soy mensajero  
Que vengo de allende el mare,  
Que voy con una embajada  
A Don Carlos el emperante,  
Porque es hecho un mal suyo,  
Y quiero ver si es verdade.—  
Con la alegría que llevan  
De á Francia se tornare,  
Todos hacen sacramento  
De tenerle puridade.  
Embárcanse muy alegres,  
Empiezan de navegare;  
El tiempo tienen muy fresco  
Que placer es de mirare.  
Allegados son en Francia,  
En sus tierras naturales.  
Cuando el Conde se vió en tierra,  
Empieza de caminare:  
No va vuelta de las cortes  
De Carlos el emperante,  
Mas va vuelta de sus tierras.  
Las que solía mandare.  
Ya llegado que es á ellas,  
Por ellas empieza á andare.  
Andando por su camino

Una villa fué á hallare;  
Llegado se había cerca  
Por con alguno hablare.  
Alzó los ojos en alto  
A la puerta del lugare,  
Llorando de los sus ojos  
Comenzara de hablare:  
— ¡Oh esforzados caballeros!  
De mi duelo habed pesare,  
Armas que mi padre puso  
Mudadas las veo estare!  
O es casada la Condesa,  
O mis tierras van á male.—  
Allegóse á las puertas  
Con gran enojo y pesare;  
Miró por entre las puertas,  
Gentes d' armas vido estare.  
Llamando está uno dellos  
Mas viejo en antigüedade;  
De la mano él lo toma  
Y empíezale de hablare:  
— Por Dios te ruego, el portero,  
Me digas una verdade,  
¿De quién son aquestas tierras?  
¿Quién las solía mandare?  
— Pláceme, dijo el portero,  
De deciros la verdade;  
Ellas eran del conde Dirlos,  
Señor de aqueste lugare,  
Agora son de Celinos,  
De Celinos el infante.—  
El Conde desque esto oyera  
Vuelto se le ha la sangre;  
Con una voz demudada  
Otra vez le fué á hablare:  
— Por Dios te ruego, hermano,  
No te quieras enojare,  
Qu'esto que agora me dices  
Tiempo habrá que te lo pague.  
¿Dime si las heredó Celinos,  
O si las fué á mercare?  
¿O si en el juego de dados  
El las fuera á ganare?  
¿O si las tiene por fuerza  
Que no las quiere tornare? —  
El portero questo oyera  
Presto le fué á hablare:  
— No las heredó, señor,  
Que no le vienen de linaje,  
Que hermanos tiene el Conde,  
Aunque se querían male,  
Y sobrinos tiene muchos  
Que las podían heredare;  
Ni menos las ha mercado,  
Que no las basta á pagare,  
Que Irlas es grande ciudade,  
Y ha muchas villas y lugares.  
Cartas hizo contrahechas,  
De que al Conde muerto le hane,  
Por casar con la Condesa,  
Que era rica y de linaje;  
Y aun ella no se casara,  
Cierto á su voluntad,  
Si no por fuerza de Oliveros,  
Y á porfia de Roldane,  
Y á ruego de Carlo Magno,  
De Francia rey emperante,  
Por casar bien á Celinos,  
Y ponerle en buen lugare.  
Mas el casamiento han hecho  
Con una condicion tale,  
Que no allegase á la Condesa,  
Ni á ella haya de llegare;  
Mas por el se desposara  
Ese paladín Roldane.  
Ricas fiestas se hicieron  
En Irlas esa ciudade;  
Gastos, galas y torneos  
Muchos, de los doce Pares.—



El Conde desde que esto oyera  
Vuelto se le ha la sangre.  
Por mucho que disimula  
No cesa de sospirare,  
Diciéndole esto: — Hermano,  
No te enojos de contare,  
¿Quién fué en aquestas bodas?  
¿Y quién no quiso estare?  
— Señor, en ellas fué Oliveros  
Y el Emperador y Roldane;  
Fué Belardos y Montesinos,  
Y el gran conde Don Grimalde,  
Y otros muchos caballeros  
De los de los doce Pares.  
Pesóle mucho á Gayferos,  
Pesó mucho á Don Beltrane,  
Y mas pesó á Don Galban  
Y al fuerte Meriane.  
Ya que eran desposados,  
Misa les querian dare;  
Allegó un falconero  
A Carlos el emperante,  
Que venia d'aquellas tierras  
De allá de allende el mare,  
Y dijo que el Conde era vivo,  
Y que traía señale.  
Plugo mucho á la Condesa,  
Pesóle mucho al Infante,  
Porque en las grandes fiestas  
Hubo grande desbarate.  
Allá traen grandes pleitos  
En cortes del emperante,  
Por lo cual es vuelta Francia  
Y todos los doce Pares.  
Ella dice, que un año de tiempo  
Pidió antes de desposare,  
Por enviar mensajeros  
Muchos allende la mare,  
Y que si el Conde era muerto,  
El casamiento fuese adelante;  
Si era vivo, bien se sabia  
Que ella no podía casare.  
Por ella responde Gayferos,  
Gayferos y Don Beltrane;  
Por Celinos era Oliveros,  
Oliveros y Roldane.  
Creemos que es dada sentencia,  
O se queria ahora dare,  
Porque ayer hubimos cartas  
De Carlos el emperante,  
Que quitemos estas armas,  
Pongamos las naturales,  
Y que guardemos las tierras  
Por el conde Don Beltrane;  
Que ninguno de Celinos  
En ellas no pueda entrare.—  
El Conde desde que esto oyera,  
Movido de gran pesare,  
Vuelve riendas al caballo,  
En el lugar no quiso entrare;  
Mas allá en un verde prado  
Su gente mandó llegare.  
Con una voz muy humilde  
Les empieza de hablare:  
— ¡Oh esforzados caballeros!  
¡Oh mi compañía leale!  
El consejo que os pidiere  
Bueno me lo querais dare.  
¡Si me aconsejais que vaya  
A las cortes del emperante?  
¿O que mate á Celinos,  
A Celinos el infante?  
¿Volverémos en allende  
Do podrémos bien estare?—  
Caballeros que esto oyeron  
Presto tal respuesta hacen:  
— ¡Callede, Conde, callede!  
¡Conde, no digais vos tale!  
No mireis á vuestra gana,

Mas mirad á Don Beltrane,  
Y esos buenos caballeros  
Que tanta honran vos hacen.  
Si vos matais á Celinos  
Dirán que fuisteis cobarde.  
Idos, idos á las cortes  
De Carlos el emperante,  
Conoceréis quien bien os quiere  
Y quien os queria male.  
Por bueno que es Celinos,  
Vos sois de tan buen linaje,  
Y teneis dos tantas tierras  
Y dineros que gastare.  
Nosotros vos prometemos  
Con sacramento leale,  
Somos diez mil caballeros  
Y franceses naturales,  
De por vos perder la vida  
Y cuanto tenemos gastare,  
Quitando al Emperador,  
Contra cualquier otro grande.—  
El Conde desde que esto oyera  
Respuesta ninguna hace:  
Da de espuelas al caballo,  
Ya por el camino adelante:  
La vuelta va de Paris  
Como aquel que bien la sabe.  
Cuando fué á una jornada  
De las cortes del emperante,  
Otra vez llega á los suyos  
Y les empieza de hablare:  
— Esforzados caballeros,  
Una cosa os quiero rogare:  
Siempre tomé vuestro consejo,  
El mio querais tomare,  
Porque si entro en Paris  
Con ejército reale  
Saldrá por mí el Emperador  
Con todos los principales.  
Si no me conoce de vista,  
Conocerme ha en el hablare  
Y así no sabré de cierto  
Todo mi bien y mi male.  
Al que no tiene dineros  
Yo le daré que gastare:  
Los unos vuelvan á caza,  
Los otros pasen delante,  
Los otros en derredor  
Pasad en villas y lugares:  
Yo solo con cient caballeros  
Entraré en la ciudade  
De noche y escurecido  
Que nadie sepa mi parte.  
Vosotros en ocho dias  
Podeis poco á poco entrare:  
Hallaréme en los palacios  
De mi tío Don Beltrane,  
Aparejándoos posada  
Y dineros que gastare.—  
Todos fuéron muy contentos,  
Pues al Conde así le place:  
La noche era escurecida  
Cerca diez horas ó mase,  
Cuando entró el conde Dirlos  
En Paris esa ciudade.  
Derecho va á los palacios  
De su tío Don Beltrane;  
Pero cuando atravesaban  
Por medio de la ciudade  
Vido asomar muchas hachas,  
Gente d'armas mucho mase:  
Por do él pasar habia,  
Por allí van á pasare.  
El Conde cuando los vido  
Los suyos manda apartare;  
Desde que todos son pasados  
El postrero fué á llamare.  
— Por Dios te ruego, escuder  
Me digas una verdade:

¿Quién son esa gente d'armas  
Que agora van por ciudade?—  
El escudero questo oyera  
Tal respuesta le fué á dare:  
— Señor, la condesa Dirlos  
Viene del palacio reale,  
Sobre un pleito que traia  
Con Oliveros y Roldane.  
Los que la llevan en medio  
Son Roldan y Don Beltrane:  
Aquellos que van postreros,  
Donde tantas lumbres vane,  
Son el infante Gayferos  
Y el fuerte Meriane.—  
El Conde de qu'esto oyera  
De la ciudad él se sale.  
Debajo de una espesura  
Para cabe los adarves,  
Diciendo está á los suyos:  
— No es hora de entrare,  
Que de que sean apeados  
Tornarán á cabalgare.  
Yo quiero entrar en hora  
Que de mí no sepan parte.—  
Allí están razonando  
D'armas y de hechos grandes  
Hasta que era media noche,  
Los gallos querian cantare.  
Vuelven rienda á los caballos,  
Y entran en la ciudade.  
Vuelta van de los palacios  
Del buen conde Don Beltrane:  
Antes de llegar á ellos  
De dos calles aun mase,  
Tantas cadenas hay puestas  
Qu'ellos no pueden pasare.  
Lanzas les ponen al pecho  
No cesando de hablare:  
— ¡Vuelta, vuelta, caballeros,  
Que por aquí no hay pasare!  
Que aquí están los palacios  
Del buen conde Don Beltrane,  
Enemigo de Oliveros,  
Y enemigo de Roldane,  
Enemigo de Belardos,  
Y de Celinos el infante.—  
El Conde desde que esto oyera  
Presto tal respuesta hace:  
— Ruégote yo, caballero,  
Que me quieras escuchare:  
Andá, ve, y dile luego  
A tu señor Don Beltrane,  
Que aquí está un mensajero  
Que viene de allende el mare:  
Cartas traigo del conde Dirlos,  
Su buen sobrino carnale.—  
El caballero con placer  
Empieza de agujjare:  
Presto las nuevas le daba  
Al buen conde Don Beltrane,  
El cual ya se acostaba  
En su cámara reale.  
Desde que tal nueva oyera  
Tornóse á vestir y calzare:  
Caballeros al derredor  
Trescientos trae por guardarle;  
Hachas muchas encendidas  
Al patin hizo bajare;  
Mandó que al mensajero  
Solo le dejen entrare.  
Cuando fué en el patin  
Con la mucha claridade  
Mirándole está, mirando,  
Viéndole como salvaje.  
Como el que está espantado  
A él no se osa llegare:  
Bajito el Conde le habla  
Dándole muchas señales.  
Conocióle Don Beltran

Entónces en el hablare,  
Y con los brazos abiertos  
Corre para le abrazare:  
Diciéndole está: — ¡Sobrino!—  
Sin cesar de sospirare;  
El Conde le está rogando  
Que nadie de él sepa parte.  
Envían presto á las plazas,  
Carnecerias otro que tale,  
Para mercarles de cena  
La cual mándales aparejare.  
Manda que á sus caballeros  
Todos los dejen entrare;  
Que les tomen los caballos  
Y los hagan bien pensare.  
Abren muy grandes estudios,  
Mándalos aposentare.  
Allí entra el Conde y los suyos,  
Ningun otro dejan entrare,  
Porque no coozcan el Conde  
Ni de él supiesen parte.  
Ver heis todos los del palacio  
Unos con otros hablare,  
Si es este el conde Dirlos,  
O quien otro puede estare,  
Segun el recibimiento  
Que le ha hecho Don Beltrane.  
Oídolo ha la Condesa  
A las voces que dan grandes:  
Mandó llamar sus doncellas  
Y enciende de hablare:  
— ¿Qu'es aquesto, mis doncellas,  
No me lo querrais negare,  
Q'esta noche tanta gente  
Por el palacio siento andare?  
Decidme, ¿dó es el señor  
El mi tío Don Beltrane?  
¿Si quizá dentro en mis tierras  
Roldan ha hecho algun male?—  
Las doncellas que lo oyeron  
Atal respuesta le hacen:  
— Lo que vos sentis, señora,  
No son nuevas de pesare,  
Es venido un caballero  
Así propio como salvaje.  
Muchos caballeros con él,  
¡Gran acatamiento le hacen!  
¡Muy rica cena le guisa  
El buen conde Don Beltrane!  
Unos dicen qu'es mensajero  
Que viene de allende el mare;  
Otros qu'es el conde Dirlos,  
Nuestro señor naturale.  
Allá se ha encerrado,  
Que nadie no puede entrare;  
Segun ven el aparejo  
Creen todos qu'es verdade.—  
La Condesa qu'esto oyera  
De la cama fué á saltare:  
Aprieta demanda el vestido,  
Aprieta demanda el calzare.  
Muchas damas y doncellas  
Empiezan de agujjare.  
A las puertas de los estudios  
Grandes golpes manda dare,  
Llamando á Don Beltrane,  
Que dentro la manda entrare.  
No queria el conde Dirlos  
Que la dejasen entrare:  
Don Beltran salió á la puerta,  
No cesando de hablare:  
— ¡Q'es esto, señora prima?  
No tengais prieta tan grande,  
Que aun no sé bien las nuevas  
Q'el mensajero me trae,  
Porque es de tierras ajenas  
Y no le entiendo el lenguaje.—  
Mas la Condesa por esto  
No quiere sino entrare;



Que mensajero de su marido  
Ella lo quiere honrare.  
De la mano la entraba  
Ese conde Don Beltrane :  
Desde ella estuvo dentro  
Al mensajero empieza á mirare ;  
Mas él mirarla no osaba,  
No cesando sospirare,  
Y meneando la cabeza  
Los cabellos ponía á la face.  
Desde la Condesa viera  
Todos callar y no hablare,  
Con viva voz muy humilde  
Empieza de razonare :  
— ¡ Por Dios vos ruego, mi tío,  
Por Dios vos quiero rogare,  
Pues que este mensajero  
Viene de tan luengas partes,  
Que si no terná dineros,  
Ni tuviere que gastare,  
Decid si nada le falta  
No cese de demandare !  
Pagarle hemos su gente,  
Darle hemos que gastare :  
Pues viene por mi señor,  
Yo no le puedo faltare  
A él y á todos los suyos,  
Aunque fuesen muchos mase.—  
Estas palabras hablando  
No cesaba de llorare.  
Mancilla hubo su marido  
Con amor que tiene grande :  
Pensando de consolarla  
Acordó de la abrazare,  
Y con los brazos abiertos  
Iba para la tomare.  
La Condesa espantada  
Púsose tras Don Beltrane :  
El Conde á grandes sospiros  
Comenzó de hablare :  
— ¡ No huyades, la Condesa,  
Ni os queráis espantare,  
Que yo soy el conde Dirlos  
Vuestro marido carnale !  
Estos son aquellos brazos  
En que sollades holgare.—  
Con las manos se aparta  
Los cabellos de la face :  
Conoció la Condesa  
Entónces en el hablare ;  
En sus brazos ella se echa  
No cesando de llorare.  
— ¡ O' es aquesto, mi señor ?  
¿ Quién os hizo ser salvaje ?  
¡ No, no es este aquel gesto  
Que vos teníades antes !  
Quiten os aquestas armas,  
Otras luego os quieran dare ;  
Traigan de aquellos vestidos  
Que sollades llevare.—  
Ya les paraban las mesas,  
Ya les daban á cenare,  
Cuando empezó la Condesa  
A decir esto y hablare :  
— ¡ Cierito parece, señor,  
Que lo hacemos muy male,  
Qu'el Conde está ya en sus tierras  
Y ya está en la su heredade,  
Que no avisemos á aquellos  
Que su honra quieren mirare !  
No lo digo aun por Gaiferos,  
Ni por su hermano Meriane,  
Sino por el esforzado  
Renaldo de Montalvane.  
¡ Bien sabedes, señor tío,  
Cuánto se quiso mostrare,  
Siendo siempre con nosotros  
Contra el paladin Roldane !—  
Llaman luego dos caballeros

De aquellos mas principales,  
El uno envían á Gaiferos,  
Otro á Renaldos de Montalvane.  
Apriosa viene Gayferos,  
Apriosa y no de vagare :  
Desde vido la Condesa  
En brazos de aquel salvaje,  
A ellos él se allega,  
Y empezóles de hablare.  
Desde el Conde lo vido,  
Levantóse á abrazarle ;  
Desde se han conocido  
Grande acatamiento se hacen :  
Ya puestas eran las mesas,  
Ya les daban á cenare ;  
La Condesa lo servía  
Y estaba siempre delante.  
En esto llegó Renaldos,  
Renaldos de Montalvane,  
Y desde el Conde le vido  
Hubo un placer muy grande.  
Con una voz amorosa  
Le empezara de hablare :  
— ¡ Oh esforzado conde Dirlos,  
Vuestra venida me place,  
Porque agora vuestros pleitos  
Mejor se podrán librare !  
Mas si yo fuera creído,  
Fuera fechos ántes de vos llegare,  
O no me halláredes vivo,  
O al paladin Don Roldane.—  
El Conde desde esto oyera  
Grandes mercedes le hace  
Diciendo :— Juramento he hecho  
Sobre un libro misale  
De jamas quitar las armas,  
Ni con la Condesa holgare,  
Hasta que haya cumplido  
Toda la su voluntad.—  
El concierto que ellos tienen  
Por mejor y naturale,  
Era que en el otro día  
Se presente al emperante  
El Conde, vaya á palacio  
Por la mano le besare.  
Toda la noche pasaron  
Descansando, en hablare,  
Y cuando vino el otro día,  
A la hora de yantare,  
Cabalgara el conde Dirlos :  
¡ Muy lucidas armas trae !  
Y encima un collar de oro  
Y una ropa rozagante,  
Solo con cient caballeros,  
Que no quiere llevar mase :  
A la izquierda va Gayferos,  
A la drecha Don Beltrane,  
Y viénense á los palacios  
De Carlos el emperante.  
Cuantos grandes allí hallan  
Acatamiento le hacen  
Por honra de Don Gayferos,  
Que era suya la ciudad.  
Cuando son á la gran sala,  
Hallan allí al emperante  
Asentado á la su mesa,  
Que le daban á yantare.  
Con él está Oliveros,  
Con él está Don Roldane,  
Con él está Valdovinos  
Y Celinos el infante.  
Con él los grandes están  
De Francia la naturale.  
En entrando por la sala  
Grande reverencia hacen,  
Y al Emperador saludan  
Los tres juntos á la pare.  
Desde Don Roldan los vido  
Presto se fué á levantare :

Apriosa demanda Celinos  
No cesando de hablare.  
— Cabalgad presto, Celinos,  
No esteis mas en la ciudad,  
Que apriosa perder la vida,  
Si bien mirais las señales,  
Si aquel no es el conde Dirlos  
Que viene como salvaje :  
Yo quedaré por vos, primo,  
A lo que querrán demandare.  
Ya cabalgaba Celinos,  
Y sale de la ciudad :  
Con él va gran gente d'armas  
Por haberlo de guardare.  
El Conde y Don Gayferos  
Lléganse al Emperante,  
La mano besar le quieren  
Y él no se la quiere dare ;  
Mas está maravillado,  
Diciendo :— ¿ Quién podrá estare ?—  
El Conde que así lo vido  
Empezó de hablare :  
— No se maraville vuestra Alteza,  
Que no es de maravillare,  
Que quien dijo que era muerto,  
Mentira dijo y no verdade.  
Soy, señor, el conde Dirlos,  
Vuestro servidor leale ;  
Mas los malos caballeros  
Siempre presumen el male.—  
Conocidole han todos  
Entónces en el hablare.  
Levantóse el Emperador  
Y empezó de abrazarle,  
Y mandó salir á todos  
Y las puertas bien cerrare.  
Solo queda Oliveros  
Y el paladin Don Roldane,  
El conde Dirlos y Gayferos,  
Y el buen viejo Don Beltrane.  
Asentóse el Emperador,  
Y á todos manda posare :  
Entónces con voz humilde  
Le empezó así de hablare :  
— Esforzado conde Dirlos,  
Vuestra venida me place,  
Aunque de vuestro enojo  
No es de tener pesare,  
Porque no hay cargo ninguno,  
Ni vergüenza otro que tale,  
Que si casó la Condesa,  
No cierto á su voluntad,  
Sino á porfia mia  
Y á ruego de Don Roldane,  
Y con tantas condiciones  
Que sería largo de contare ;  
Por do siempre ha mostrado  
Teneros amor muy grande.  
Si ha errado Celinos,  
Hizolo con mocidade,  
En escrebir que érades muerto,  
Pues que no era verdade ;  
Mas por eso nunca quise  
A ella dejar tocare,  
Ni aun á los desposorios  
A él no dejé estare ;  
Mas por él fué presentado  
Ese paladin Roldane.  
Mas la culpa, Conde, es vuestra  
Y á vos os la debeis dare ;  
Para ser vos tan discreto,  
Y de esforzado linaje,  
Dejastes mujer hermosa,  
Moza y de poca edade :  
Y de vista no la visitaste,  
De cartas la debíades visitare.  
Si supiera que á la partida  
Lleváades tan gran pesare,  
No os enviara yo, el Conde,  
Que otros pudiera enviare :

Mas por ser buen caballero  
Solo á vos quise enviare.—  
El Conde de qu'esto oyera  
Atal respuesta le hace :  
— ¡ Calle, calle vuestra Alteza !  
¡ Buen señor, no diga tale !  
Que no cabe quejar de Celinos  
Por ser de tan poca edade,  
Que con tales caballeros  
Yo no me costumbro honrare.  
Por él está aqui Oliveros,  
Por él está Don Roldane,  
Que son buenos caballeros  
Y los tengo yo por tales.  
¡ Consentir ellos tal carta !  
¡ Consentir tan gran maldade !  
¡ O me tenían en poco,  
O me tienen por cobarde,  
Que sabiendo que era vivo  
No se lo osaria demandare !  
Por eso suplico á vuestra Alteza  
Campo me quiera otorgare ;  
Pues por él, pleito tomaban,  
Pueden el campo aceptare,  
Si quieren uno por uno,  
O amos juntos á la pare ;  
No perjudicando á los míos,  
Aunque hay hartos de linaje,  
Que á esto y mucho mas qu'esto  
Recuerdo bastan á dare.  
Porque conozcan que sin parientes,  
Amigos no me han de faltare  
Tomaré al esforzado  
Renaldos de Montalvane.—  
Don Roldan que esto oyera  
Con gran enojo y pesare,  
No por lo que el Conde dijo,  
Que con razon lo veía estare,  
Mas en nombrarle Reynaldos,  
Vuelto se le ha la sangre,  
Porque los que mal le quieren,  
Cuando le quieren facer pesare  
Luego le dan por los ojos  
Renaldos de Montalvane.  
Movido de muy gran saña  
Luego habló así Don Roldane :  
— Soy contento, el conde Dirlos,  
Y tomad este mi guante,  
Y agradeced que sois venido  
Tan presto sin mas tardare,  
Que á pesar de quien pesara  
Yo los hiciera casare,  
Sacando á Don Gayferos,  
Sobrino del Emperante.  
— Calledes, dijo Gayferos,  
Roldan, no digais vos tale ;  
Por ser soberbio y descortes  
Mal vos quieren los doce Pares,  
Que otros tan buenos como vos  
Defienden la otra parte,  
Y yo faltar no les puedo,  
Ni dejar pasar lo tale.  
Aunque mi primo es Celinos,  
Hijo de hermana de madre,  
Bien sabéis que el conde Dirlos  
Es hijo de hermano de padre,  
Y por ser de padre hermano  
No le tengo de faltare,  
Ni porque no pase la vuestra,  
Que á todos ventaja quereis llevare.—  
Toma el guante el conde Dirlos  
Y de la sala se sale,  
Tras él guia Don Gayferos,  
Y tras él va Don Beltrane.  
Triste está el Emperador,  
Haciendo llantos muy grandes,  
Viendo á Francia revuelta  
Y á todos los doce Pares.  
Desde Renaldos lo supo  
Hubo dello placer grande :